

EL RINCÓN DE VÍKTOR

EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Domingo, 14 de Marzo de 2010



TRIGESIMOSEPTIMO CAPITULO. SE LLAMA ALBA, ¿VERDAD?

Todo empezó con una llamada aparentemente anónima a la comisaría central de la policía nacional de Santa Cruz de Tenerife. La voz que sonaba a través del teléfono era tan fuerte, que se pudo escuchar desde cualquier rincón de la sala central. Era la voz de un hombre adulto, de no más de treinta años, desesperado, angustiado, y aterrado. Nadie de quienes estábamos en comisaría pudimos dar crédito a lo que, como buenamente podía, contaba este señor. Aquella tarde, su esposa y él, habían decidido llevar a su hija pequeña, que apenas contaba con siete años de edad, a presenciar la puesta de sol, en las cercanías del llamado Barranco de Badajoz, en una de las laderas más impresionantes del Teide. Contaba, mientras le era imposible dejar de tragar las lágrimas que sus ojos no eran capaces de expulsar, que tenían previsto recorrer un tramo del Barranco, no muy profundo y no muy extenso, y esperar hasta que la claridad de la noche tinerfeña, acompañada por la magnífica efigie del Teide, les pudiera proporcionar el momento idóneo para mostrar a su pequeña una imagen a tiempo real del cosmos. Sin embargo, en un descuido por parte de la pareja, la niña pequeña simplemente se esfumó. Desapareció. Llevaban cuatro horas buscando sin parar, habían recorrido todo el tramo accesible del Barranco, pero no dieron con ella. No había ni rastro.

Dicen las leyendas que se cuentan por Tenerife que el Teide es una montaña sagrada, mágica, enigmática. Los antiguos habitantes de la isla, los guanches, plasmaban una cosmogonía muy elocuente, y desde mi punto de vista, preciosa. El dios Sol quedó enamorado de la diosa madre, la Tierra, y para conquistarla le encargó a la Luna, hermana suya, que le hiciera llegar un regalo de su parte: una estrella. Parece ser que La Tierra aceptó de buen grado el regalo. Para conservarlo, decidió guardarlo en sus entrañas. Y fruto de ese suceso surgió la montaña sagrada: el Teide. De forma que el Teide es hijo del Sol y de la Tierra. Como aquella tierra estaba deshabitada, la Luna y la noche, como obsequio, regalaron al recién nacido Teide, unos seres muy especiales: los duendes blancos. Estos seres únicamente podían desarrollar sus actividades de noche, ya que les dañaba la luz solar. Y decidieron instalarse en la Montaña Sagrada, que utilizan desde entonces como morada, y lo seguirán haciendo hasta el final de los días.

No creo sinceramente que lo que les acabo de relatar tenga nada que ver con lo que les contaré a continuación, pero no está de más tenerlo presente, porque yo creo que el caso lo requiere. Nos personamos cuatro agentes de la policía nacional, y dos inspectores, yo entre ellos. Encontramos a la pareja a unos ochocientos metros de los pies de la montaña, en una especie de campamento que habían montado, con un telescopio, una mesa, y varias sillas plegables. El jeep se encontraba a unos cien metros, en un lugar donde no cabían más de dos coches el uno al lado del otro. Iniciamos una búsqueda todo lo exhaustiva que pudimos en aquellas condiciones. Recuerdo que en diez minutos, solo se escuchaba el resonar del eco de nuestras voces al pronunciar el nombre de la niña perdida: Alba. A unos mil metros sobre los pies de la montaña, comenzaba el descenso vertiginoso y estrambótico, laberíntico, del famoso Barranco. Ellos creían que la niña, por la curiosidad innata que la caracterizaba se había atrevido a descender por el estrecho desfiladero, toda una temeridad, teniendo en cuenta que la lúgubre luz de la Luna se hace cada vez más tenue a medida que se desciende. Una cosa que me pareció muy curiosa, y que solo conocí desde aquella noche, era que no se sabía con exactitud la profundidad del Barranco. Nadie, de hecho, se había atrevido a bajarlo por completo. No era de extrañar. Nuestros potentes focos manuales eran incapaces de iluminar ese extraño pozo, más allá de unos cuantos metros. Recapitamos y volvimos hacia el lugar donde la pareja había levantado su campamento. Era evidente que necesitábamos mayores efectivos. Pedimos la colaboración de la policía local, la guardia civil, y del ejército. A los veinte minutos, más de doscientas personas estábamos intentando buscar algún rastro de la niña, la pequeña Alba.

Comenzaba a amanecer, y la situación era desesperante. El lugar había sido rastreado palmo a palmo, con ayuda de helicópteros, equipos de montañismo del ejército, con perros policía, con detectores de infrarrojos, todo. Pero allí solo había la flora y la fauna corriente. Nada más. Decidimos suspender momentáneamente la búsqueda, quizás más por descansar que por otra cosa. Aquella tarde tampoco hubo novedades. Era ya la noche siguiente a la desaparición. Yo quise tomar el mando de la operación. Me dirigí hacia el Barranco. Estaba decidido a descenderlo todo lo que buenamente pudiera. El teniente del equipo de montañeros me recomendó que no lo hiciera, que era imposible que la niña hubiera descendido por aquél desfiladero. Que a unos cuatrocientos metros en descenso, el camino que existía era tan estrecho, que no se podía considerar camino siquiera. Que ellos lo habían terminado de rastrear hacía unas horas, y no habían encontrada nada fuera de lo común. Sin embargo, algo en mi interior me empujaba irrefrenablemente a iniciar mi proyectada excursión. Uno de mis compañeros se atrevió a seguirme. La mayoría de los equipos ya no estaban operativos, pues las labores de búsqueda, a las veinticuatro horas, siendo un espacio pequeño, y habiendo rastreado bien todo, se hacían innecesarias. De modo que, en la zona donde la noche anterior habían acampado los padres de la niña desaparecida aparcamos el coche patrulla, con un agente en su interior, que no se movería de allí, y que estaría en permanente contacto con nosotros.

Una sensación de pánico se palpaba en el ambiente. Llevábamos nuestras potentes linternas, pero parecía que no eran armas suficientes para combatir ese algo que se incrusta en las entrañas y que no sabes cómo sacar de ti. La poca luz natural que aún se intuía en el cielo desapareció. Comenzamos a descender por el desfiladero del Barranco. Cuando dí el cuarto paso, comprendí que estábamos haciendo una verdadera temeridad. Aquello era imposible de descender sin un equipo de montañismo adecuado. Además, el suelo se hacía cada vez más pedregoso a medida que descendíamos. El compañero que me seguía detrás de mí, porque la anchura del desfiladero era la justa para una sola persona en algunos tramos, decidió a los cinco minutos dar media vuelta. Estaba demasiado asustado, tembloroso como para seguir descendiendo con garantías. Lo comprendí perfectamente, y no me estaba dando cuenta de que el resto del trayecto lo iba a descender yo solito. No sé cuánto descendí. Eso no importa. La oscuridad era casi absoluta. A mi linterna le quedaba ya poca carga, la luz comenzó a parpadear,

pero ahora era mi curiosidad la que me empujaba a seguir descendiendo. Todo estaba rodeado de un negro atroz. Pero de repente, en un golpe de vista, en una de esas miradas en que parece importarte más tu alrededor que lo que tienes delante, observé algo que me dejó petrificado. A unos metros por encima de mí, en la cara opuesta del barranco, observé cómo se desplazaba una especie de silueta blanca, luminosa. Lo hacía con gran rapidez, como huyendo de algo. Pensé en un primer momento que podía tratarse de un efecto óptico, o de la linterna de mi compañero, que seguía subiendo con cuidado, pero me dí cuenta enseguida de que eso no era posible. No había más luz que la de mi linterna, y la tenía enfocando hacia delante, nunca hacia un lado; y mi compañero ya hacía un buen rato que había subido. Quise comprobar si seguía la conexión radiofónica con el coche patrulla, pero o el walkie se había quedado sin batería, o algo había sucedido, pero no funcionaba. Al poco, la linterna cesó de iluminar. Entonces me dí cuenta de la tontería que había hecho, descender de noche a un lugar inaccesible. Seguí bajando unos minutos más, hasta que mis cansadas piernas dijeron basta. Opté por sentarme y esperar. Quise recuperarme, y no sabía muy bien qué hacer después, si seguir descendiendo, o subir. No soy consciente del tiempo que transcurriría entre que opté por sentarme en el estrecho desfiladero y lo que recuerdo después. A los pies del desfiladero, otra silueta similar a la que vi anteriormente, se acercaba hacia mí, muy rápida. Conforme la tenía más cerca, pude observar todos sus rasgos. Era una especie de monje, con una sotana blanca, y solo se le veía a través de la capucha, su cara, sin rasgos faciales, y unos ojos almendrados negros como el betún. Aquella forma, o lo que fuera, emanaba luz blanca, de forma que iluminaba todo a su alrededor. Se detuvo frente a mí, a unos tres o cuatro metros, por el desfiladero. Seguro que pudo ver mi desfigurada cara, la impresión en mí era brutal. Recuerdo que me habló. Y recuerdo perfectamente lo que dijo: “devolveremos a la niña a su tiempo, paciencia.” Y tan rápido como ascendió, descendió.

Sería ya a media tarde del día siguiente cuando los equipos de rescate del ejército lograron sacarme de allí. Estaba exhausto, deshidratado, pero recordaba todo perfectamente. Nadie daba crédito a lo que yo les contaba, y fui relevado de mi puesto. Entonces, decidí trasladarme a la península, a Madrid. Lo fui olvidando todo un poco, pero nunca terminé de entender ni de superar todo aquello. Recordaba la imagen luminiscente casi siempre que cerraba los ojos. Y recordaba la foto de aquella niña pequeña que se esfumó sin dejar rastro dejando a sus padres atormentados. Después, cuando ya habían pasado tres años desde los hechos, me enteré de que los padres se habían matado en un accidente de tráfico en la capital, Santa Cruz. Poco más supe del tema, hasta la semana pasada, como ustedes saben. Estoy seguro, y lo pueden comprobar por las fotos disponibles, de que se trata de esa niña que desapareció hace quince años. La han encontrado unos turistas cuando visitaban el Barranco por la mañana, y creo que por lo que me han contado, se trata del mismo lugar donde sus padres habían acampado aquella noche. Sé que aquella niña tenía entonces siete años y ahora debería ser una mujer de veintidós, pero sé que el Barranco está vivo, que hay algo ahí que nadie sería capaz de explicar, pero que existe. Y estoy seguro de que esa niña ha estado en el Barranco todo este tiempo. Ella ha descrito a las personas con las que ha estado, y creo que son los mismos seres que yo vi aquella noche, y que me llevan atormentando en mis pesadillas durante estos últimos quince años. Además, se llama Alba, ¿verdad?